

LA CASA DE LA INFANCIA

Alexanderplatz, 13

www.elboomeran.com

Marie Luise Kaschnitz

La Casa de la Infancia

Traducción de Rosa Pilar Blanco

Posfacio de Cecilia Dreyemüller

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *Das Haus der Kindheit*

© by Ullstein Buchverlage GmbH, Berlin. Published in 1956 by Classen Verlag

© del posfacio: 2009 Cecilia Dreytmüller

© de la traducción: 2009 Rosa Pilar Blanco

Revisión: Juan Martínez Terrones

© 2009 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Portolà, 26 - 08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: septiembre de 2009

Diseño gráfico: Pepe Far

Fotografía de la cubierta: extraída de *Marbacher Magazine* 95/2001

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Winihard Gràfics S. L., Av. del Prat, 7, 08180 Moià

ISBN: 978-84-95587-54-1

Depósito legal: B. 27.547-2009

Printed in Spain

1

Todo empezó cuando un desconocido se detuvo en la calle para preguntarme si conocía bien la ciudad y podía decirle dónde estaba la Casa de la Infancia. ¿Qué es eso, un museo?, pregunté sorprendida. Seguramente no, contestó el hombre. ¿Una escuela quizá, añadí, o un jardín de infancia? El desconocido se encogió de hombros. No lo sé, repuso. Tenía el pelo gris y pinta de provinciano. Me puse las gafas y para ayudarle leí algunos letreros colocados en los edificios cercanos. Conservatorio, Cine, Allianz Seguros, decían. No se veía ni rastro de nada parecido a una Casa de la Infancia, y yo tampoco había oído nunca una palabra al respecto. ¿Por qué busca usted esa Casa?, inquirí intentando obtener alguna pista. Tengo cosas que hacer allí, respondió el desconocido. Me estoy haciendo viejo. Y, alzando el sombrero en un gesto de cortesía, se alejó. Yo proseguí mi andadura mientras meditaba sobre sus últimas palabras, un tanto enigmáticas, y por pura distracción me metí en una calle equivocada. Había dado unos centenares de pasos cuando vi la Casa.

2

Como es natural, aquel día regresé corriendo enseguida para avisar al desconocido, pero ya no di con él. Eso no debe asombrarnos, si tenemos en cuenta que nuestra ciudad es muy grande y está llena de gente, sobre todo a mediodía. Además, después de la guerra se construyeron numerosas calles nuevas que uno no conoce bien y hacen que a veces no sepa dónde está. También se han erigido muchos edificios públicos, entre ellos algunos que no existían antes y que obedecen a las necesidades específicas del presente. Supongo que la llamada Casa de la Infancia es una de esas conquistas de la posguerra. Por lo que vi deprisa y corriendo, se trata de un gran edificio gris sin más ornamentación que una especie de adorno modernista colocado encima del portal, bajo el que figura el nombre de la institución en letras doradas.

3

Yo, desde luego, carezco de motivos para recabar información sobre el edificio que el desconocido buscaba, menos aún para presentarme otra vez frente al edificio y observarlo de cerca. No obstante, he llegado a poner en duda si realmente leí bien la inscripción, pues soy bastante corta de vista y, a la distancia que permanecí entonces, justo es reconocerlo, soy incapaz de leer letras de molde. Hoy he visto el

mismo edificio, seguramente la parte trasera, desde la ventana de mi modista. Lo he reconocido por la piedra gris, una extraña masa con trazas de inconsistencia, como de decorado. Solo entonces me percaté de que las ventanas del singular edificio estaban tapiadas. He preguntado a la modista por la casa, pero se ha mudado a su vivienda hace poco, por lo que no sabe nada.

4

Hoy hemos conversado entre amigos sobre la frenética actividad constructora que en los últimos tiempos se ha desarrollado en nuestra ciudad, y sobre las comodidades y las obras de asistencia intelectual que se dedican al contribuyente. Se mencionaron al respecto no solo las escaleras mecánicas, las piscinas y las bibliotecas públicas y los parques infantiles, sino también las numerosas galerías y los centros docentes, como el Museo de Cosmética, la exposición «¿Quién ladra ahí?» y el Teatro Submarino Shakespeare. Con tal motivo hablé de la Casa de la Infancia y, todos los presentes mostraron enorme interés. He acordado día y hora con algunos amigos que desean acompañarme para ir a visitar juntos esa nueva institución. Sin embargo, al marcharme he caído en la cuenta de que no me fijé en el nombre de la calle a la que me llevó el azar, así que hemos convenido que primero iré yo sola y después avisaré por teléfono a los demás.

5

Por exceso de trabajo he retrasado hasta la semana próxima la visita al museo de la infancia, o lo que quiera que sea. Desde luego habría podido pasar por el edificio, por mi cuenta, mientras hacía algún recado, pero seguramente habría perdido mucho tiempo, pues ahora recuerdo con absoluta precisión que el museo estaba en una calle sin salida. Recuerdo que al final de la calle un muro alto gris cierra el paso impidiendo acceder a otros barrios pasando por delante del edificio. Es de suponer que después de completar la visita se accede nuevamente al exterior por otra salida. Pero una visita así, conociendo la inflexibilidad de los empleados de museo, puede requerir varias horas.

6

El caso es que la palabra infancia me provoca cierto nerviosismo. Es sorprendente qué pocas cosas recuerdo de mi infancia y cuánto me disgusta que me recuerden esa etapa. Allí donde la mayoría de la gente conserva en su memoria una serie de imágenes bonitas, amables, yo no guardo sino un agujero negro al que me aflige asomarme. Supongo que obedecerá a alguna causa concreta. Además, cualquier pensamiento sobre el pasado me deja mal sabor de boca. Por eso me alegro de no haber visitado la susodicha Casa de la Infancia. Seguro que no contiene más que una colección de

juguets y libros de estampas como los que se exponen en los escaparates. A lo mejor también dispone de una colección de discos y, a petición de los visitantes, ponen villancicos y retahílas que, dada la veloz desaparición actual del acervo cultural antiguo, poseen seguramente valor folclórico. Estas cosas dan para algo gracioso, pero desde luego no van conmigo.

7

Al parecer, la Casa de la Infancia está mucho más cerca de mi vivienda de lo que pensaba. Hoy me he presentado allí inesperadamente y he aprovechado la oportunidad para recrearme en su contemplación. A la derecha de la enorme puerta de entrada había un timbre plano blanco y una luna de cristal opaco, también un interfono por el que se podía hablar. Yo ya había visto un aparato similar en una de las nuevas oficinas municipales. Allí, en cuanto aprietas el timbre, resuenan unas corteses palabras pronunciadas por una voz masculina: Identifíquese, por favor. Diga su nombre y fecha de nacimiento. Yo estaba convencida de que este era un equipo similar. La luna de cristal opaco seguramente formaba parte de un dispositivo fotográfico que, en cuanto yo me acercaba, reproducía mi imagen a tamaño natural en algún lugar del interior de la Casa. Estas cosas me recuerdan a la Gestapo y se me antojan odiosas. Como es natural, me he alejado sin llamar al timbre.